

El hombre antes y después del fuego de Prometeo: entre antropología y mitología

M^a Victoria Mora Gómez
1º HUMANIDADES – UA
2010

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es realizar un estudio del mitema del rapto del fuego por parte de Prometeo desde un punto de vista antropológico. Prometeo, que era en un principio el dios ateniense del fuego, acabó convirtiéndose en una especie de demiurgo que había creado al hombre. Esta evolución del personaje fue el punto de partida que nos llevó a preguntarnos acerca de cuáles serían esas grandes ventajas objetivas que el fuego de Prometeo aportó al ser humano. Se ha tratado pues de poner en relación la mitología con la antropología.

Dentro de este marco se ha intentado hacer una exposición de la influencia que el descubrimiento y dominio del fuego ha tenido para el origen y desarrollo de la humanidad. A raíz de los datos expuestos, se ha acabado haciendo un balance de los resultados del progreso de la humanidad.

El trabajo se ha estructurado en cuatro apartados. En el primero, se realiza una introducción al tema propuesto; el segundo, se ha escrito desde un enfoque antropológico; el tercero, se refiere al trato de este mitema en las diferentes mitologías y las diversas significaciones que se le atribuyen al fuego; y en el cuarto, se exponen unas breves conclusiones.

1. INTRODUCCIÓN

En todas las civilizaciones antiguas el hombre ha intentado dar respuesta a cuestiones fundamentales del devenir humano: ¿qué encierra el absurdo máximo de la vida? ¿cuál es el origen de la existencia humana y qué sentido tiene la procreación? ¿cuál es su futuro?

Antes de recurrir a explicaciones racionales basadas en la lógica y la ciencia, todas las culturas han creado historias fantásticas, transmitidas de forma oral de generación en generación primero y recreadas literariamente después por creadores de mitos, con las que se daba cuenta al colectivo del porqué de las cosas. Con frecuencia las interpretaciones míticas que se han dado del acontecer humano se han basado en los elementos naturales necesarios para la supervivencia. Se dependía de una experiencia inmediata con el medio y sus recursos: tierra, agua, fuego y aire. De estos cuatro elementos, es el fuego el que ha jugado un papel de mayor importancia en todas las representaciones y el imaginario popular que se han realizado sobre el origen de la humanidad.

El fuego es un elemento natural de carácter físico-químico que nos ilumina y da calor, pero que a la vez nos puede quemar. Estas propiedades benéfico-destructoras, unidas a la misteriosa naturaleza etérea de su llama, lo convierten en un símbolo con un enorme potencial metafórico. De ahí que se haya utilizado para simbolizar la potencia creadora del espíritu, el yo interno, la pasión, el odio, el amor, la relación con el más allá y las fuerzas superiores, etc.

Esta ambigüedad y multitud de significados se observa perfectamente en el mito griego de Prometeo. En las diferentes reescrituras que del mismo se han hecho a lo largo de la historia Prometeo ha simbolizado tanto elementos positivos como negativos. Se ha presentado como un filántropo que con su acción ha dado origen a la civilización y ha contribuido decisivamente a su progreso, como un ser rebelde, reaccionario contra la tiranía, incluso de retorcida astucia, cuya soberbia ha acabado en rotundo fracaso, perjudicando a la propia humanidad.

Ya desde el Renacimiento los mitos griegos se han considerado relatos fascinantes, pero a la vez extraños, como una especie de paradigmas en clave simbólica que había que reinterpretar con variada hermenéutica para extraer de ellos un sentido trascendente que la forma literaria clásica parece ocultar. El mito de Prometeo es un claro ejemplo del constante interés de extraer una nueva lección, un nuevo mensaje de los relatos de la Antigüedad.

Según la metodología de autores de la Escuela de París¹, la complejidad de las narraciones mitológicas requiere de análisis no parciales, sino globales. Por constituir una especie de códigos con diversos niveles semánticos, los mitos sólo parecen cobrar luz cuando se contextualizan. Se hace pues necesario conocer la sociedad que los creó recabando toda la información posible de las más variadas especialidades, incluidas la botánica, la zoología o la medicina, por ejemplo.

Nuestro objetivo es pues abordar el mito de Prometeo desde la perspectiva antropológica. La importancia del fuego, esa llama artificial y percedera robada del rayo celestial de los dioses por el titán, se entenderá quizás mejor si, alejándonos por un instante del ropaje mitológico y la palabra poética que tan bellamente envuelve este decisivo hallazgo de la humanidad, aportamos algunos datos objetivos. Todo ello será el telón de fondo con el que plantear algunas cuestiones de carácter general sobre la herencia del mundo clásico, la pervivencia en nuestra realidad de los males que escaparon de la mítica jarra de Pandora en el periodo arcaico y la renovación cotidiana de la llama prometeica en manos de sigilosos y anónimos, nuevos Prometeos.

2. LA CONQUISTA DEL FUEGO

Del conjunto de las invenciones humanas, el descubrimiento del método de prender fuego ha sido, sin duda, el más determinante para nuestra especie. Por ello es lógico que el problema de su descubrimiento y del modo de encenderlo haya excitado la curiosidad de los hombres en las más diversas partes del mundo.

El hombre prehistórico debió ser tan ignorante del fuego como lo siguen siendo todos los animales. Cuando logró controlarlo, dominó uno de los elementos clave para el avance de la civilización. Por este motivo, el proceso de humanización se liga generalmente a la conquista y al uso del mismo. En este sentido, Goudsblom ha afirmado que “el control de fuego fue la precondition para la domesticación de los animales y plantas, y constituyó la predominancia humana sobre otros mamíferos”². Para Lévi-Strauss³, el paso de la naturaleza a la cultura estuvo centrado en la aparición de lo “cocido”, conquista cultural indisociable del fuego y de

¹ Cf. Vernant (1974).

² Goudsblom (1992) es citado por González Alcantud, J. y Buxó Rey, M.J. (1997), pág. 376.

³ Lévi-Strauss (1971) es citado en González Alcantud, J. y Buxó Rey, M.J. (1997), pág. 27.

su dominio. Este autor sitúa así al fuego en el centro del tránsito de la naturaleza a la cultura. El hombre toma entonces las riendas del acto creador, de su propia vida.⁴

En el estudio comparativo que Frazer⁵ realiza de sobre el tratamiento mitológico que del tema del fuego se ha dado en diversas culturas se evidencia que todos los relatos sobre el origen del fuego presentan un común denominador: la humanidad ha pasado por tres estadios en función de su relación con este elemento. En el primero de ellos, o Edad Sin Fuego, los hombres ignoraban su uso e incluso su existencia; en el segundo, o Edad del Uso del Fuego, ya estaban familiarizados con él y lo empleaban, aunque desconocían cómo encenderlo y mantenerlo; en el tercero, o Edad del Encendido del Fuego, ya utilizaban regularmente los métodos de encendido. Como veremos en el capítulo siguiente, esta coincidencia que se observa en la mitología de la mayoría de pueblos indica que estos mitos, en palabras de Frazer, “contienen un sustancial elemento de verdad y proporcionan una clave que permite arrojar luz sobre la Prehistoria”. En este apartado se va a intentar relacionar estas “Edades” de Frazer con lo que conocemos de las etapas de la Prehistoria.

La citada “Edad Sin Fuego” tendría lugar durante los dos primeros millones de años del Paleolítico Inferior, pues parece ser que el hombre conoce el fuego desde hace unos 500.000 años.⁶ Los homínidos que habitaban la tierra por aquel entonces vivían en una dependencia total respecto de su entorno. Seguían siendo animales, pues, a pesar de tener ciertas ventajas evolutivas (un cerebro comparativamente mayor, un dedo oponible, la posibilidad de caminar erguido y una visión de profundidad más precisa) y contar con algunas herramientas como hachas y cuchillos de piedra, lo cierto es que la tecnología no mejoraría sustancialmente durante milenios. No tenían por ello grandes posibilidades de transformar su hábitat, y se veían obligados a adaptarse al mundo tal y como estaba. Estaban así a merced del clima, de los períodos de sequía o de lluvias intensas y, durante el invierno, su única posibilidad de sobrevivir consistía en adoptar las mismas estrategias que empleaban otros animales: permanecer en cuevas o refugios e intentar conservar el calor durmiendo muy cerca unos de

⁴ De todos modos, no sería hasta el Neolítico, cuando el hombre comenzó a adquirir técnicas eficaces para producirlo (rotación, aserradura y percusión). Con todo, esta técnica en realidad no se dominó de verdad hasta que en 1844 un inventor sueco, Gustaf Erik Pasch, creó los primeros fósforos de seguridad.

⁵ Frazer (1986.)

⁶ La primera huella del mismo fue encontrada por los arqueólogos junto con los restos del *Pekinensis Sinanthropus* y se fecha en esos años. Se hallaron entonces efectos y huellas de usar el fuego, así como cenizas de restos de animales. Se considera que por aquel entonces los homínidos no sabían encenderlo por sí mismos sino que lo conocían y conservaron a partir de hechos naturales como incendios, rayos o erupciones volcánicas.

otros. Comían vegetales y animales crudos, e incluso parece ser que eran carroñeros. Por tanto presentaban hábitos idénticos a los de cualquier bestia. Su actividad principal era buscar su alimento diario, lo cual no le permitía disponer de tiempo libre para poder desarrollar su faceta “no animal”, su intelecto. ¿Qué consecuencias tenía la necesidad de comer alimentos crudos?

Este tipo de alimentación era una de las principales causas de la baja esperanza de vida, pues la dentadura sufría en pocos años un gran desgaste debido a la rigidez de los alimentos. Este deterioro de los dientes ocasionaba la muerte prematura de los individuos por desnutrición. Además, en una época en la que la provisión de alimentos suponía un gran esfuerzo, el organismo de aquellos homínidos no podía aprovechar ni la mitad de lo que ingería. Así mismo, es lógico suponer que la mortalidad y morbilidad debieron ser muy altas debido también a enfermedades de origen alimentario, fácilmente evitables mediante la aplicación de calor. ¿Cuándo comenzaron a resolverse estos problemas?

Parece ser que el ser humano comenzó a dominar el fuego en el Paleolítico Superior, con la aparición del *Homo sapiens* (50.000 – 10.000 a. C.), homínido del que descienden todos los humanos posteriores, hasta la actualidad. La “Edad del Encendido del Fuego” comenzaría por aquel entonces y, por tanto, la “Edad del Uso del Fuego” se prolongaría desde hace unos 500.000 años hasta hace unos 50.000, es decir incluiría los últimos años del Paleolítico Inferior y todo el Paleolítico Medio. Durante esta edad intermedia, el mayor problema era cuidar de ese fuego que había sido obtenido accidentalmente de la naturaleza y mantenerlo encendido, puesto que todavía no sabían prenderlo ni alimentarlo con combustibles.⁷ A raíz de esta necesidad de “no perder el fuego”, en la Prehistoria se nombrarían guardianes del fuego comunitario (“focus publicus”), que integraban un grupo selecto de la sociedad.⁸

Como puede preverse de estos problemas que la ingestión de alimentos crudos causaban a nuestros antepasados, el “gran invento” de aquella época fue la aplicación del fuego para la cocción de los alimentos. Asar la comida directamente junto a las brasas de la fogata fue el

⁷ El problema de supervivencia del hombre de Neanderthal asociada a la posesión del fuego es el tema planteado en la película *En busca del fuego*, adaptación cinematográfica de la homónima novela (*La guerre du feu*) de J.H. Rosny a cargo del director Jean-Jacques Annaud.

⁸ Este parece ser el origen histórico de la existencia en la sociedad grecorromana de las sacerdotisas o vírgenes vestales, las hijas mayores de las familias nobles patricias, que cuidaban del fuego sagrado. Tal era la importancia del fuego, que si una vestal dejaba que se apagara el fuego sagrado era sepultada viva como castigo.

primer avance. En este sentido, la cocina es considerada por autores como Bolens⁹ “un arte alquímico donde el fuego produce la sustanciación de los alimentos”. ¿Por qué se produce tal “sustanciación”? Principalmente porque los tratamientos térmicos mejoran tanto la seguridad alimentaria como el aprovechamiento que el organismo hace de los alimentos.

La seguridad alimentaria se incrementa porque, como es sabido, la mayoría de patógenos no sobreviven a las altas temperaturas. El asado ejerce por ello un potente efecto conservante. Posteriormente este efecto se optimizará con el hervido (que fue posible cuando nuestros antepasados dispusieron de recipientes para albergar líquidos, es decir, cuando se desarrolló la alfarería y la cerámica.)

El mejor aprovechamiento de los alimentos cocidos se produce porque aumenta tanto la ingeribilidad como la digestibilidad de los mismos. La primera ventaja se debe a que los alimentos adquieren una textura más tierna, al ablandarse las estructuras fibrosas, difíciles de masticar. Con esta modificación de la textura el hombre de antaño pudo masticar más eficientemente. Se reduciría por ello la mortalidad debida a la pérdida prematura de la dentadura. Por lo que respecta al incremento de la digestibilidad, la aplicación de calor permite un mejor aprovechamiento de los alimentos, principalmente porque mejora la digestibilidad de las proteínas¹⁰ y, también, porque aumenta la absorción de algunos nutrientes como el hierro. ¿Por qué se produce esta mejora del rendimiento de los alimentos? Porque existen determinados enzimas que son perjudiciales para la absorción de nutrientes, debido a que inhiben o dificultan la acción de los enzimas de los jugos digestivos. Pero, estos enzimas perjudiciales se inactivan en su mayoría al superar los 70° C. Este es el motivo de que los enzimas encargados de la digestión pueden actuar en los alimentos cocidos con mayor eficiencia.¹¹

⁹ Bolens (1992) citado en González Alcantud y Buxó Rey (1997), pág. 11.

¹⁰ Relación Nitrógeno absorbido/ Nitrógeno ingerido.

¹¹ Para poder valorar más claramente esta ventaja de la aplicación de calor, puede resultar útil un dato numérico: en el caso de los huevos, la digestibilidad de la clara coagulada (y de su principal proteína, la ovoalbúmina) ronda el 92 %, mientras que líquida (cruda) se aprovecha únicamente en un 50%. Este importante incremento de la digestibilidad se debe a que la clara posee una sustancia inhibidora de la tripsina (enzima básica necesaria para la digestión proteica): la avidina, que se destruye con los tratamientos térmicos. Esta mejoría de la digestibilidad de las proteínas es todavía más espectacular en alimentos como las legumbres: si se ingieren crudas no se aprovecha ni un 15 % de las mismas, al no inhibirse las antripsinas (sustancias que pueden considerarse como equivalentes a la avidina en los huevos.)

En cuanto a las vitaminas y minerales, aunque la cocción puede provocar pérdidas de los mismos, algunas vitaminas como la biotina también requieren para su asimilación por el organismo de un tratamiento térmico.¹²

Además de estos grandes avances, la posesión de este elemento supuso el control de la naturaleza. Al ser el único animal que cocinaba la carne, el hombre se separaba definitivamente de los animales; evolucionaba de hombre-bestia a ser humano. Este hecho se acentuó más con el desarrollo de las técnicas de caza (posibles también gracias al fuego), que permitió que el hombre dejara de ser definitivamente carroñero, lo cual es otro elemento “humanizador” fundamental. Quizá, al conseguir dominar y sacar provecho de este poderoso elemento al que el resto de animales temían, el hombre cobró conciencia de su superioridad y de sus potencialidades. Los futuros hombres tenían por fin la posibilidad de cambiar las condiciones que su hábitat les imponía: el fuego abría el camino para que tomaran las riendas de su vida a través de la creación.

Otra de las ventajas fundamentales que la “conquista” del fuego aportó a nuestros antepasados fue la posibilidad de ampliar los territorios que podían habitar. El calor que proporcionaba les permitía calentarse en las zonas y épocas frías, lo cual reduciría también la tasa de mortalidad por enfermedades. El fuego, el hogar, constituyó por este motivo el centro de la vida social en los primeros hábitats prehistóricos y protohistóricos, sirviendo así como una especie de “elemento aglutinante” alrededor del cual se organizarían las primeras comunidades.

Este recurso también significó para aquellos futuros hombres el poder disponer de un primer instrumento de defensa frente a los carnívoros depredadores. Además, permitió la mejora de la salud pública, porque el resplandor del fuego en la noche dispersaba a los insectos, posibles vectores de enfermedades, y, además, posibilitaba la higiene con agua caliente.

Con el fuego comenzó el desarrollo de las técnicas. Nuestros antepasados observaron que la carbonización de los materiales con los que se construían los distintos útiles los hacía más resistentes. Las armas y con ellas las técnicas de caza mejoraron. Se optimizó así el esfuerzo y

¹² La Biotina es una vitamina del complejo B vinculada a la protección de la piel, a un gran número de reacciones en el organismo y al mantenimiento de las funciones corporales en el metabolismo del ser humano. Además, actúa junto con otras vitaminas como la B12 y el ácido fólico. En ausencia de cocción la biotina se une fácilmente a esta vitamina e impide así su absorción en el intestino del ser humano (pues se forma un agregado proteico bastante resistente a la proteólisis por los enzimas pancreáticos.)

tiempo empleado en buscar comida, lo cual tuvo que ser fundamental para posibilitar el desarrollo de la cultura (es lógico pensar que en una población dedicada casi exclusivamente a la búsqueda de comida y a la competencia con otros animales poco tiempo habría de quedar para la reflexión o la creación). Más adelante, el fuego permitiría moldear y fundir los metales, para fabricar mejores herramientas de caza y defensa, o de aperos para la agricultura. Tal importancia tenía esta aplicación del calor a los metales, que cuando se llegó a aplicar el fuego a la metalurgia, los herreros se convirtieron en seres temibles, al ser considerados como conocedores de un secreto esencial.

Este desarrollo de la técnica abrió el camino para que comenzara el progreso cultural. Con el fuego y el humo de las fogatas comenzaron las primeras comunicaciones. También tuvieron lugar entonces las primeras actividades nocturnas, pues pudieron alumbrarse en la noche y en oscuridad de las cuevas. Fue así posible el inicio de las pinturas rupestres¹³ que establecían la frontera definitiva entre el hombre y los animales. Además de la pintura, el fuego también propició el comienzo de la escultura: al prestar atención a la tierra que quedaba endurecida alrededor de las fogatas, el hombre primitivo empezó a trabajar el barro, a moldear, y luego, mediante la cocción sobre el fuego, a lograr piezas de alfarería que les servían también para cubrir sus necesidades (hay muchos vestigios de vasijas realizadas en arcilla por el hombre del período Mesolítico, alrededor del 8.000 a. C.)

Más adelante, la “posesión” del fuego también sería esencial en la agricultura, principalmente porque permitía el rápido incremento de la superficie cultivable. Era necesario ganar espacio a la naturaleza y el chaqueo (la quema de bosques para poder roturar nuevas tierras) requiere de mucho menos tiempo y trabajo que la tala del arbolado, que exige además la limpieza posterior de los restos vegetales. Sin el chaqueo, el agricultor invertiría más energía en la tala y en el trabajo de limpieza de lo que obtendría del resultado de la cosecha, es decir, se daría una inversión energética negativa.¹⁴ El fuego es además un potente

¹³ El descubrimiento de las primeras pinturas en las excavaciones en las cuevas de Altamira, iniciadas en 1879, dejaron al descubierto pinturas y herramientas creados por los humanos ya hace unos 14.000 - 18.000 años. Significaron el descubrimiento de la manifestación más espectacular del arte rupestre del Paleolítico Superior. Este dato es fundamental si se tiene en cuenta que justamente la distinción más importante del hombre frente a los animales es su inquietud por representar e interpretar el mundo que le rodea y el mundo interior a través del arte. Este hecho se ve actualmente todavía más claramente porque en fechas recientes se ha comprobado cómo los chimpancés son capaces de utilizar sencillas herramientas (si bien esta “comprobación” se ha puesto en duda porque una cosa es utilizar una herramienta, y otra, crearla.)

¹⁴ Actualmente el chaqueo ha desaparecido en la agricultura más desarrollada porque los empresarios agrícolas utilizan tractores y cadenas para la limpieza del terreno. Pero este método requiere maquinaria de gran potencia (que evidentemente ya es fruto del siglo XX) y, además, puede ser un factor de compactación del suelo, de degradación de su estructura.

plaguicida que actúa principalmente como desinfectante de suelo y un buen fertilizante, que mejora la fertilidad del suelo tanto directamente, al generar cenizas nutrientes, como indirectamente, al aumentar el pH del mismo.¹⁵

Con el transcurrir del tiempo, el fuego ha sido la base de multitud de descubrimientos hasta nuestra época, en sus formas de calor y energía. Por ejemplo, comenzó a ser utilizado a través de lámparas o velas, para alumbrarse en las horas de oscuridad, y constituyó un elemento básico e inseparable de las revoluciones industriales. De ahí que la máquina de vapor, a cuyo descubrimiento suele achacarse la primera revolución industrial, haya sido denominada en ocasiones como “máquina de fuego”. En este sentido Sidi Carnot, en su memoria de 1824 sobre la potencia motriz del fuego, afirma: “deben atribuirse al calor las transformaciones que llaman nuestra atención en la superficie de la tierra”¹⁶. De este modo, el fuego ha sido (y es) un elemento imprescindible para la supervivencia social y cultural; ha ido parcelando el mundo, poniendo las fronteras entre los distintos territorios, que han ido avanzando según lo manejan: el fuego de antes es la energía de hoy.

De todos modos, a pesar de estas numerosas ventajas que hemos enumerado, de la “conquista” del fuego no se han derivado sólo consecuencias positivas: la deforestación siempre ha ido de la mano del avance de la civilización, ya sea en el campo de la agricultura (como se ha visto), o en el de la navegación (como es el caso de los gastos madereros ocasionados por la construcción de embarcaciones para que los griegos y romanos extendieran sus civilizaciones). De hecho, ya en el siglo IV a.C, Platón recordaba con nostalgia los tiempos en que los bosques cubrían todavía el Ática. Otra indudable y obvia consecuencia negativa ha sido la interminable sucesión de guerras que han tenido lugar a lo largo de la historia.

Llegados a este punto, podría concluirse que, en realidad, el fuego en sí no es ni bueno ni malo. Como toda herramienta, como por ejemplo ocurre con INTERNET, depende siempre

¹⁵ Esta “ventaja” indirecta se debe a que los suelos muy ácidos son poco aptos para el cultivo, porque los nutrientes contenidos en los mismos se encuentran poco disponibles para las plantas. La acidez es justamente una de las características de los suelos de los bosques. Nutrientes esenciales como el calcio o el fósforo se bloquean en estos suelos y por ello su disponibilidad es baja. Además, también disminuye la fijación simbiótica de nitrógeno (reducción del N₂ atmosférico a NH₃ por la acción de los microorganismos, fundamentalmente *Rhizobium*, presentes en las raíces de las leguminosas). Esta fijación del nitrógeno ha sido durante siglos el principal fertilizante en la agricultura (hasta que se abarataran los fertilizantes sintéticos a mediados del siglo XX.)

¹⁶ Sidi Carnot y su memoria *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego y sobre las máquinas adecuadas para desarrollar esta potencia* (1824), son citados por González Alcántud y Buxó Rey (1997), pág. 14.

del uso que el hombre hace del mismo. No obstante, a riesgo de ser demasiado pesimista, puede también pensarse que, si bien la mayoría de personas suelen hacer un uso más o menos correcto de las herramientas o medios de las que dispone, lo cierto es que con que sólo haya unos cuantos que las utilicen para fines negativos, el resto de la población se resiente. Por ejemplo, siguiendo con el ejemplo de INTERNET, sólo unos pocos se dedican a “crear” virus, pero perjudican a todos los demás millones de usuarios. Lo mismo puede decirse de las armas: sólo unos pocos las crean y ordenan que sean utilizadas, pero millones de personas mueren y enferman por ellas. Además, aunque las herramientas se utilicen con intenciones en principio positivas, muchas veces ocasionan “daños colaterales” imposibles de evitar. A la vista de la actual situación del mundo considero que este progreso, si bien fue en un principio positivo para todos los seres humanos, a lo largo de los últimos siglos ha ido favoreciendo a unos pocos a la vez que perjudicaba a muchos. Creo que sería injusto obviar que nuestra calidad de vida es, desde hace mucho tiempo, posible gracias a la explotación de otros territorios y personas (basta pensar en África o en muchas otras zonas del planeta, en los “made in...”). Otro aspecto controvertido es, sin duda, la tecnología, indispensable para nuestra calidad de vida, pero muy perjudicial para el medio ambiente (teniendo en cuenta los residuos y vertidos que origina), o las industrias que han permitido que nuestros bienes de consumo se abaraten, pero que también han contribuido a esta degradación.

Por lo anteriormente expuesto, opino que, más que las herramientas sean buenas o no según el uso que se haga de las mismas, lo que ocurre es que casi siempre este uso presenta una parte positiva y una negativa (como el mito del que hablaremos en el próximo apartado). Y esto sucede justamente porque todo progreso técnico representa una intervención en el medio que, por fuerza, supone una degradación del mismo. Evidentemente, lo mejor para la Naturaleza es que se la deje como está. Claro que, teniendo en cuenta que nosotros somos una parte más de tal Naturaleza, también tenemos derecho a cuidar de nuestras propias vidas (igual que debe hacerse con la del resto de animales), y, de no haber intervenido en nuestro hábitat (lo cual, repetimos, hubiera sido lo ocurrido de no haber “conquistado” el fuego), simplemente éstas no hubieran sido posibles: ya no seríamos hoy más que una especie que se extinguió, como los dinosaurios. Otra cuestión es si este desarrollo no hubiera podido llevarse a cabo de una forma más justa para el resto de la naturaleza...

Así que, como se desprende de estas líneas, el problema parece tener difícil solución.

3. EXPLICACIÓN MÍTICA DEL ORIGEN DEL FUEGO

A la vista de la importancia capital que el descubrimiento y el dominio del fuego ha tenido para el origen y desarrollo del hombre, no es de extrañar que la mayoría de pueblos de la Antigüedad se hayan preguntado sobre este asunto y hayan tratado de darle una explicación a través de su mitología.

En la mitología griega, aunque la invención del modo de encender el fuego (mediante frotación) se atribuye al dios Hermes (que comparte con Prometeo la virtud (o defecto) de la astucia), el origen de la posesión del fuego se explica fundamentalmente mediante el mito de Prometeo, “el previsor”.

En las primeras versiones de este mito se hace hincapié en el hecho de que robara el fuego para los hombres. Mediante este don, Prometeo permitía que el ser humano iniciara su progreso, que se convirtiera en lo que es hoy. Esta identificación de Prometeo con el origen de nuestra especie era tan fuerte que, en versiones posteriores a la de Platón, la concepción de Prometeo como padre de la humanidad se hizo más literal, y aparecieron obras que contaban que este titán había creado personalmente a la raza humana con arcilla.¹⁷ Esta evolución del personaje es la que nos llevado a preguntarnos en el apartado anterior qué consecuencias para la vida del ser humano tuvo este “regalo” para que Prometeo haya sido considerado de forma tan innegable como el creador de la humanidad.

Al ser castigado por Zeus por actuar en beneficio de la humanidad, Prometeo se convirtió en un héroe cultural, ya que su regalo está en la base de la civilización. Además de permitir al ser humano el aprendizaje de las artes, con el fuego le comunicó el espíritu, su fuego interior. También le otorgó la esperanza, que le permitió vivir sin pensar constantemente en la muerte, pues, de no ser así, viviría paralizado. Junto a esta esperanza y a las nuevas artes y técnicas que el fuego posibilita, el hombre se convertía en creador y podía tomar las riendas de su vida, actuar de manera autónoma.

Para Esquilo y Platón, estas son las principales consecuencias de las acciones de Prometeo. Hesíodo se centra, sin embargo, en los aspectos negativos: el imprudente titán sólo sirve para iniciar la degradación de la humanidad, unida al sufrimiento. Esta visión negativa no contradice, no obstante, la interpretación de Prometeo como “padre” de la humanidad. La

¹⁷ Carlos García Gual (1979) indica que la primera versión conocida de Prometeo como modelador del hombre es un fragmento de Filemón, un autor cómico del siglo IV a. C.

vida del hombre, como el fuego, va unida al progreso, a la creación, pero también al sufrimiento y a la destrucción.

En la mitología de otros pueblos existen versiones similares o equivalentes a la griega. Frazer recopila los mitos más importantes en diferentes civilizaciones, en un estudio comparativo en el que se evidencia una manera de observar el mundo similar entre los diversos pueblos. En esencia, todos ellos representan el fuego como un símbolo del espíritu creador, pero destructor al mismo tiempo “que nunca descansa ni siquiera en su propia y personal interpretación”.¹⁸

La simbología judeo-cristiana tampoco se libra de esta ambivalencia del fuego. En los textos sagrados se vincula el fuego tanto a la culpa (simboliza el diablo y la destrucción) como a la salvación (mediante el fuego se consigue la purificación).¹⁹ Esta simbología es también la base del fuego de los dragones del imaginario medieval. En el arte cristiano simboliza el pecado y cuando aparece a los pies de las imágenes simboliza el triunfo de la fe cristiana sobre el diablo.

El fuego es, por tanto, creador y destructor al mismo tiempo. Este podría ser el motivo por el que en la mitología se representó a un Zeus que dudaba en confiar al hombre tal poder. Por ello, esta actitud atribuida al Crónida no ha de verse sólo como un acto negativo sino que también pudo tener una intención protectora. Dada su videncia, quizá previó el mal que en el futuro la posesión de un elemento tan poderoso traería a la humanidad.

4. CONCLUSIONES

El fuego fue la llave que abrió el camino para que el ser humano comenzara a serlo y para que la humanidad pudiera progresar. Sin el fuego el hombre seguiría siendo una animal más y, por ello, no sufriría penalidades del espíritu. No se plantearía constantemente metas, posibles gracias a esa “esperanza prometeica”, que a veces requieren de mucho esfuerzo que fatiga el cuerpo y el alma, y a menudo son el origen de la frustración. Los animales no sufren

¹⁸ James Frazer habla de esta ambigüedad natural del fuego: “Según una de las teorías es un estimulante y de acuerdo con la otra, es un desinfectante; en la una tiene una virtud positiva y en la otra negativa. El fuego como amenaza y como recurso esencial, incendio devorador y candela iluminadora. Se manifiesta en toda su ambigüedad como operador ritual entre la naturaleza y la cultura, ya desde los inicios del proceso humanizador, pero aún hoy sigue teniendo fuerza mítica y ritual” (por ejemplo en las Fallas de Valencia o en la noche de San Juan.)

¹⁹ Para profundizar en este aspecto véase C. Lisón Tolosana, *El fuego: permanencias y variaciones enigmáticas*, en González-Buxo (eds.), *El fuego. Mitos, ritos y realidades*, pp. 25 y ss.

de ese modo porque viven en la inmediatez del presente, no se proyectan al futuro y se limitan a intentar satisfacer sus necesidades diarias. Sin embargo, sin el fuego el ser humano tampoco conocería la satisfacción que la actividad intelectual, de la que disfruta en exclusiva, comporta: el arte, el amor, la amistad, la ilusión, los buenos recuerdos o simplemente la satisfacción por el trabajo bien hecho. Además, quizás, incluso la especie hubiera llegado a extinguirse.

Debido a este papel determinante, las diferentes civilizaciones han ido evolucionando según ha sido su dominio de este elemento, sea en su forma “primitiva” o mutado en energía, que, como sabemos, sigue moviendo el mundo, pues es la base de la economía (basta como ejemplo si recordamos el bloqueo ruso del suministro de gas a Ucrania que el año pasado puso en jaque a media Europa.)

Dada esta importancia capital del fuego para la historia del ser humano, la mayoría de pueblos han tratado de explicar su origen a través de la mitología, entre ellos el pueblo griego, que empleaba para ello el mito de Prometeo. El fuego fue adquiriendo a través de este mito un valor simbólico creciente. El titán, que era en un principio simplemente el dios del fuego ateniense, acabó convirtiéndose en demiurgo, creador del hombre.

Pero como el fuego (y el progreso del que ha sido motor) no siempre ha resultado positivo ni para nuestra especie ni para el resto de la naturaleza, Prometeo ha presentado, a lo largo de las diferentes interpretaciones que se han hecho de este mito, un carácter ambiguo que ha servido para simbolizar tanto lo negativo como lo positivo del hombre, cuestionándose así su progreso técnico y cultural. Esta ambivalencia del mito tiene hoy, a la vista de los grandes avances conseguidos por la humanidad, plena vigencia (si no más de la que tuvo nunca.): los polos entre los que se mueve nuestro progreso parece que cada vez se distancian más entre sí.

BIBLIOGRAFÍA

- BOLENS, L., *La cocina andaluza, un arte de vivir, ss. XI-XIII*, Edad, Madrid, 1992.
- EIROA, J. J., *Nociones de Prehistoria general*, Editorial Ariel, Barcelona, 2003.
- FRAZER, J. G., *Mitos sobre el origen del fuego*, Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1986.
- GARCÍA GUAL, C., *Prometeo: mito y tragedia*, Ediciones Peralta, Madrid, 1979.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. y BUXÓ REY, M. J., *El fuego. Mitos, ritos y realidades*, Editorial Anthropos, Granada, 1997.
- GOUDSBLOM, J., *Fire and Civilization*, Penguin Press, Londres, 1992.
- GRANT, M. y HAZEL, J., *Diccionari de mitologia clàssica*, Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1997.
- HARRAUER, C. y HUNGER, H., *Diccionario de mitología griega y romana*, Herder Editorial, Barcelona, 2008.
- LÉVI-STRAUSS, *Mythologiques. L'homme nu*, Plon, 1971.
- RENÉ MARTIN, *Diccionario Espasa Mitología griega y romana*, Espasa, Madrid, 1999.
- VARELA ÁLVAREZ, V., *El mito de Prometeo en Hesíodo, Esquilo y Platón*, Mirabel Editorial, Pontevedra, 2006.
- VERNANT, *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Paris 1974.
- VILLALOBOS, F.J, MATEOS, L., ORGAZ, F., FERERES, E., *Fitotecnia, bases y tecnologías de la producción agrícola*, Mundi-Prensa, Madrid, 2002.

RECURSOS DIGITALES

- CORDERO G., RAMÓN, El descubrimiento del fuego, http://sepiensa.org.mx/contenidos/2005/s_descubrefuego/descubrefuego1.htm, en <http://www.sepiensa.org.mx>
- GORKA LASA, *El fuego sagrado*, <http://sites.google.com/site/gorkalasaproject/el-fuego-sagrado-por-gorka-lasa>, en <http://sites.google.com/site/gorkalasaproject>.
- MORENO ROJAS, R., *Procesado de los alimentos afectación de la calidad nutricional*, <http://www.uco.es/brytecal/nutybro/docencia/dyn/descargas/dyn17.pdf>, en <http://www.uco.es/brytecal/nutybro/>
- AA.VV., *Hombre de Cro-Magnon*, http://es.wikipedia.org/wiki/Hombre_de_Cro-Magnon#Forma_de_vida, en <http://es.wikipedia.org>